

América Latina y el Caribe:
¿fragmentación o convergencia?
Experiencias recientes de la integración

Josette Altmann y Francisco Rojas Aravena (eds.)

América Latina y el Caribe: ¿fragmentación o convergencia? Experiencias recientes de la integración



Índice

© De la presente edición:

FLACSO, Sede Ecuador
La Pradera E7-174 y Diego de Almagro
Quito-Ecuador
Telf.: (593-2) 323 8888
Fax: (593-2) 3237960
www.flacso.org.ec

Ministerio de Cultura del Ecuador
Avenida Colón y Juan León Mera
Quito-Ecuador
Telf.: (593-2) 2903 763
www.ministeriodecultura.gov.ec

Fundación Carolina
Calle General Rodrigo N. 6
Edificio Germania 28003
Madrid-España
información@fundacioncarolina.es

ISBN: 978-9978-67-185-6
Cuidado de la edición: Bolívar Lucio
Diseño de portada e interiores: Antonio Mena
Imprenta: Crearimagen
Quito, Ecuador, 2008
1ª. edición: diciembre, 2008

Presentación	9
<i>Adrián Bonilla</i>	
Prefacio	11
<i>Carmen Miró</i>	
Introducción	
Integración en América Latina: procesos contradictorios, pero necesarios	15
<i>Josefette Altmann y Francisco Rojas Aravena</i>	
PRIMERA PARTE	
VISIONES GLOBALES DE LA INTEGRACIÓN	
América Latina: integración comercial, complementariedad productiva y cooperación	31
<i>Enrique Iglesias</i>	
La integración latinoamericana en el escenario global	37
<i>Enrique García</i>	
América Latina: la integración regional, un proceso complejo. Avances y obstáculos	41
<i>Francisco Rojas Aravena</i>	

Certezas e incertidumbres de los procesos de integración regional	75
<i>Victor Rico</i>	

Integración en América Latina: ¿Cómo alcanzar la integración real?	81
<i>Tomás Mallo</i>	

SEGUNDA PARTE
ESQUEMAS DE INTEGRACIÓN REGIONAL

La integración: instrumento del desarrollo humano	89
<i>Rodrigo Borja</i>	

Desafíos de la coyuntura actual para la integración latinoamericana	105
<i>Luis Maira</i>	

América Latina: ¿una región dividida o integrada?	117
<i>Josette Altmann</i>	

Plan Puebla Panamá: retos de la integración mesoamericana	133
<i>Héctor Romero</i>	

La integración en América Latina: convergencia y fragmentación	143
<i>Oswaldo Martínez</i>	

TERCERA PARTE

BLOQUES SUBREGIONALES DE INTEGRACIÓN

Comunidad andina: un proyecto de integración, desarrollo e inserción externa	155
<i>Alfredo Fuentes</i>	

Logros y desafíos de la integración regional: el caso de MERCOSUR	207
<i>Carlos Álvarez</i>	

El estado de la integración en América Latina: ¿un proceso convergente o un proceso fragmentado? El caso de América Central	227
<i>Elaine White</i>	

La AEC en el contexto del nuevo regionalismo	253
<i>Rubén Silié</i>	

ANEXOS

Principales acontecimientos en América Latina en 2007	263
<i>Tatiana Beirute</i>	

Bibliografía sobre integración en América Latina. Período 2007	281
<i>María Cecilia Corda, Nilma Martins, Eustolia Muciño, Paula Pardo</i>	

Algunos indicadores económicos, sociales y políticos de América Latina: 2000-2007	293
--	-----

Relación de autores	305
--------------------------------------	-----

Desafíos de la coyuntura actual para la integración latinoamericana

Luis Maira*

No existe, en el último medio siglo, un tiempo más favorable para impulsar la integración que el actual; pero, igualmente, la coyuntura política concreta levanta muchas dificultades para la realización de esta posibilidad.

Hace cinco décadas el asunto de la integración se inscribía todavía en un terreno principalmente especulativo y utópico. Se trataba de un viejo sueño, que venía de la época de la creación de nuestros estados nacionales. Pero que, a la vez, no encontraba condiciones para materializarse.

Los padres fundadores de los estados latinoamericanos creyeron en la cooperación y cercanía de los nuevos países. Simón Bolívar fue el más certero y en su Carta de Jamaica de 1815. En ella establecía un contraste entre el fuerte acercamiento de las trece colonias inglesas que dieron forma a los Estados Unidos de América con base en una visión federativa y, por otro lado, los países de la América Central y del Sur, herederos del imperio español, que preparaban su vida independiente con el riesgo de la fragmentación y la dispersión.

En el imaginario bolivariano estaba la idea de unos pocos estados fuertes en América del Sur, concretamente cuatro: la Gran Colombia (que incluía los actuales estados de Venezuela, Colombia, Panamá y Ecuador); la unión del Alto y el Bajo *Perú* (Bolivia y Perú), destinada a proyectar la fuerza del Virreinato del Sur; un país del río de la Plata (actuales

* Embajador de Chile en Argentina y académico

Argentina, Uruguay y Paraguay) y, por su cuenta, Chile (para el que el Libertador tuvo palabras generosas porque, pese a ser pequeño, contaba con una fortaleza institucional que lo hacía viable).

El proyecto bolivariano no pasó de ser un sueño después del frustrado Congreso Anfictiónico de 1826 en Panamá. A partir de ese momento la existencia de una América Latina unida y coordinada pasó a ser patrimonio de la reflexión de los grandes intelectuales políticos de la región, pero nunca estuvo cerca de realizarse.

En los años en que la FLACSO nacía, se sumó al de Bolívar un segundo proyecto integrador: el del Mercado Común Latinoamericano. En la segunda posguerra mundial el eje decisorio para la existencia de nuestros países pasó de la política a la economía y fue el argentino Raúl Prebisch, y los fundadores de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), los que propiciaron la complementación productiva de los veinte países latinoamericanos a través de proyectos coordinados y de un Mercado Común para la comercialización de los productos que estos exportaban. Esta idea encontró una fuerte inspiración de los nacientes esfuerzos de la integración europea y en la necesidad regional de encarar juntos los dilemas de la periferia frente al centro, reduciendo el deterioro de los términos de intercambio y aumentando la innovación científico-técnica como parte del esfuerzo de un bloque efectivo de países.

En los hechos ni el sueño bolivariano, ni la propuesta de la CEPAL lograron avanzar. Ha sido solo el conjunto de exigencias colocadas recientemente por el cambio del sistema internacional, en los tiempos de la posguerra fría y la globalización, lo que ha puesto en la agenda una postura más activa sobre este tema, entre los jefes de Estado latinoamericanos.

Al producirse el final de una cierta modalidad de funcionamiento del sistema internacional, se inaugura un tiempo de transición y de búsqueda de nuevos caminos para lograr otras reglas del juego que sean estables y legítimas. En eso estamos desde 1991 cuando terminó la Unión Soviética y comenzamos a vivir una época enteramente nueva. Esto ha hecho que, objetivamente, los países latinoamericanos se enfrenten al hecho de la declinación de su influencia a lo largo del siglo XX y de la necesidad de tener una propuesta y una voz única si desean participar en la creación del nuevo orden internacional. Esa propuesta debe considerar tanto lo políti-

co y la recreación de la estructura de las Naciones Unidas, como definición de las nuevas reglas de funcionamiento de la economía y el comercio internacional en la Organización Mundial del Comercio (OMC) y su ronda de Doha.

Esta es, entonces, la primera vez en que para América Latina el imperativo de la integración no parte tanto desde dentro de sus países, sino de las propias características del sistema internacional y sus cambios, algo que lo torna más imperativo y urgente. Ello explica también por qué en los años 90 vivimos las experiencias más interesantes en este terreno en materia de acuerdos subregionales. El MERCOSUR, creado en 1991, aumentó enormemente el comercio interregional, principalmente entre los dos países mayores del área, Brasil y Argentina. La Comunidad Andina de las Naciones reimpulsó el antiguo Pacto Andino entre sus cinco países integrantes. El Sistema de Integración Centroamericano, SICA, recuperó después del Acuerdo de Esquipulas II la vitalidad que había tenido en los años 60. Finalmente, los catorce países que surgieron de la descolonización inglesa en el Caribe, encontraron en la ampliación del CARICOM un nuevo espacio para el dinamismo de los acuerdos integradores parciales en el hemisferio. Todo esto representó un paso adelante por más que en los años recientes muchos de estos entendimientos hayan tenido desencuentros y dificultades que han reducido su ritmo.

Entre tanto, la América Latina de la posguerra fría se hizo un espacio más desestructurado y menos homogéneo. Cincuenta años atrás, los veinte países latinoamericanos –entonces no habían surgido aún las naciones del Caribe– tenían la convicción de formar parte de un bloque homogéneo en el sistema internacional. Así habían participado en la Conferencia de San Francisco cuando se creó la Organización de Naciones Unidas (ONU) en 1945. Así eran tratados en la política exterior norteamericana que tenía propuestas comunes para los países “situados al sur del Río Bravo” como lo mostraron el Proyecto de Asistencia del Punto IV del presidente Harry Truman y la Alianza Para el Progreso del presidente John Kennedy. Desde México a la Argentina y Chile sus miembros se reconocían como “países subdesarrollados”, que tal era la noción en boga en la época y esto resultaba razonable porque aunque había diferencias entre ellos esto no afectaba la validez de su conceptualización esencial.

Ahora las cosas son muy distintas en la región: entre los países de mayores ingresos como Chile, Argentina o México y los más atrasados como Haití, Honduras o Bolivia hay diferencias de hasta diez veces en los principales indicadores económicos. Pero, igualmente, en los países mayores hallamos impresionantes disparidades entre los segmentos territoriales más modernos y avanzados y los más pobres, tal como ocurre entre el norte y el sur de México o entre el nordeste y el sur de Brasil. Esto obliga a trabajar con un instrumental y con categorías más finas que antes, que examinen los dilemas de la integración continental que muchas veces comienzan por la efectividad de la integración nacional.

A semejantes dificultades se agregan las que recientemente ha colocado la fase dos de la globalización, inaugurada con los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York y Washington, perpetrados por organizaciones fundamentalistas islámicas. En la guerra total contra el terrorismo, que declaró el presidente George W. Bush, se produjo una nueva segmentación de las regiones y áreas importantes para Washington. Así, acabó por consolidarse la distinción propuesta entre una América Latina del Norte y una América Latina del Sur, a las que separa el Canal de Panamá. En el primer espacio formado por México, los países centroamericanos, del Caribe y a los que se agregó (por una ficción geopolítica) el territorio de Colombia. Los riesgos percibidos por Estados Unidos en cuanto a la acción eventual de grupos terroristas son altos, por lo que se busca constituir allí un perímetro de seguridad rigurosamente vigilado. Los otros once países sudamericanos, en cambio, no presentan mayores riesgos por más que varias veces se haya hablado de la presencia de grupos como Hamas y Hezbolá en la triple frontera del Iguazú que comparan Brasil, Paraguay y Argentina, algo que en todo caso nunca ha acabado por concretarse.

De este modo la América Latina que ahora busca la integración es muy distinta de la que soñaba con ese mismo objetivo hace algún tiempo. Ya no se trata de un espacio continuo, sino de dos Américas Latinas diferenciadas o, si se prefiere, de cuatro proyectos de integración subregional –en Centro América, el Caribe, el Mundo Andino y el Cono Sur– más la presencia cada vez más importante y diferenciada de las únicas dos potencias emergentes del área (México y Brasil) que son, al mismo tiempo,

po, los países que presentan las más agudas diferencias y contrastes internos en materia de desigualdad.

Para hacer frente a las exigencias de la integración tanto en la América Latina del Norte como en la del Sur se han diseñado nuevos proyectos. En el primer caso el Plan Puebla Panamá (PPP), surgido en 2000 y en el segundo la Comunidad Sudamericana de Naciones (CSN) creada en diciembre de 2004 y rebautizada como Unión de Naciones Sudamericanas (UNASUR) en abril de 2007, en la Cumbre de Jefes de Estados de Isla Margarita.

No deja de ser llamativo que estos dos proyectos sean escasamente conocidos en los países involucrados en ellos y que ninguno pueda acreditar a la fecha logros importantes. De cualquier manera el PPP parece sensiblemente más débil y precario que el de la CSN/UNASUR. Para empezar la iniciativa creada por el presidente Vicente Fox de México, al inicio de su mandato, no incluyó a los países del Caribe y respecto de las cinco naciones centroamericanas más Panamá, se limitó a muy poco más que a institucionalizar el antiguo Mecanismo de Tuxtla Gutiérrez. Así, algunas importantes obras de infraestructura que ya estaban aprobadas para los estados del sureste mexicano se coordinaron para su mejor presentación y se las ligó con los variados proyectos de carreteras, represas y caminos secundarios, que el BID y otros organismos internacionales impulsan en los países centroamericanos. Ahora, el presidente Felipe Calderón ha expresado su voluntad de intensificar los programas de cooperación con los países situados al sur del río Suchiate, pero es aún temprano para establecer si este propósito llegará a cumplirse.

La situación, en cambio, tuvo avances más nítidos en la parte sur del continente. Aquí Brasil acabó por buscar un liderazgo más consistente en su propio entorno geográfico, al entender que para ejercitar una influencia de alcance global a la que aspira, debe comenzar por ejercerla respecto de sus propios vecinos. En los hechos, ya durante la administración del presidente Fernando Henrique Cardoso, Itamaraty comenzó a diseñar un proyecto de asociación de los doce países del entorno sudamericano, el que fue fuertemente reforzado tras la llegada al poder de Luiz Inacio Lula da Silva, a comienzos del año 2003.

En un comienzo la existencia de una entidad común a las doce naciones existentes en América del Sur era vista como algo conveniente para

coordinar y armonizar los dos acuerdos subregionales ya existentes en el área: la CAN y el MERCOSUR. No obstante, la propia crisis que maduró al interior de ambos organismos hizo del ente común una necesidad que se justificaba por sí misma para este grupo amplio de países. De hecho, y bajo la fuerte convocatoria de la diplomacia brasilera, los jefes de Estado de la subregión se reunieron en Cuzco, en diciembre de 2004, para aprobar la constitución de la Comunidad Sudamericana de Naciones.

Aunque para muchos de los países participantes el proyecto estaba aún un “poco verde” la fuerza de la solicitud hecha desde Brasilia los llevó a prestar su acuerdo para el surgimiento de la nueva entidad. La CSN aseguró para su continuidad una Cumbre Anual de Jefes de Estado y reuniones especializadas de Cancilleres y de responsables de otras áreas, que pudieran ayudar al progreso de su acción. En el Encuentro de Montevideo de fines de 2005, los jefes de Estado dieron un paso adicional y, a petición de los presidentes de Uruguay y Venezuela, Tabaré Vázquez y Hugo Chávez, se acordó la formación de una Comisión de Reflexión de Alto Nivel –con representantes directos de los presidentes– para elaborar un plan de acción que diera consistencia a la marcha del nuevo organismo hacia una integración sudamericana más amplia.

De este modo, tanto en la América Latina del Norte como en la del Sur se crearon las bases para responder al reto, proveniente del sistema y la agenda internacionales, de unificar las propuestas y la voz de América Latina en la definición de las nuevas bases del orden internacional. Se persigue el objetivo de proyectos más concretos para el avance de ambas subregiones.

Pero este no fue el único factor que favoreció el examen de un impulso de la cooperación y la coordinación entre estos países. Un segundo elemento decisivo fue el progreso económico que estos países experimentaron hacia 2003, luego de haber vivido situaciones desfavorables en el quinquenio previo (1998-2002) conocido como la “media década perdida”. Este afectó a América Latina agravando el considerable impacto producido durante el tiempo de recesión y aumento de la pobreza de los años 80 que los expertos habían considerado la “década perdida” para el desarrollo latinoamericano.

CEPAL ha caracterizado estos años de “vacas gordas” en términos elocuentes: el último quinquenio ha representado la mejor época para el crecimiento latinoamericano en las últimas cuatro décadas, a un ritmo promedio anual superior al 4,5% y con un notable mejoramiento de los términos de intercambio, que han dado la posibilidad de reducir considerablemente la elevada pobreza anterior (que llegó a 221 millones de personas en 2002). El crecimiento, además, favoreció las reservas internacionales y generó un cuadro de superávit fiscal inédito.

Todo esto se explica por el dinamismo de las potencias emergentes del sistema internacional, China e India que, con su demanda de *commodities* y productos estratégicos de los países latinoamericanos, han permitido esta notable bonanza de sus economías. Esta situación ha sido particularmente favorable en el caso del petróleo venezolano y ecuatoriano, del cobre chileno y peruano y de la soja que producen en gran volumen Brasil y Argentina. Por primera vez en mucho tiempo, los países latinoamericanos han enfrentado una situación económica de prosperidad y esto incluso se ha sentido con fuerza frente a los síntomas actuales de recesión en Estados Unidos, que han encontrado a nuestros países con más solidez fiscal, menos endeudamiento y mayor ahorro de recursos, lo que ha hecho de la actual crisis algo atípico, también por sus menores impactos en los países principales de la región.

En pocas palabras se debe insistir en que los circuitos de comercialización de materias primas y productos estratégicos, ahora mejor valorizados, también pasan por el escenario internacional más amplio. Los compradores más dinámicos están en el Asia del Pacífico y en el Índico, pero muchos países tienen también interesantes oportunidades de colocación en los países desarrollados tradicionales, Estados Unidos y los integrantes de la Unión Europea. Así las cosas, para aprovechar el mejor funcionamiento de la economía, se impuso una tendencia de cooperación y búsqueda de acuerdos comerciales con terceros países que ha ayudado mucho al proceso de integración en América Latina.

Un tercer elemento dinámico tiene que ver con las estrategias nacionales de desarrollo. A una primacía de las visiones y programas neo-conservadores durante la década de los 90, cuando se prestó franca adhesión a los criterios operativos del Consenso de Washington; siguió, en la década-

da actual, un cambio de tendencia hacia visiones económicas del centro a la izquierda, a partir de 2002. Empezaba un nuevo ciclo de gobiernos que buscaron ejercer una mayor autonomía en las opciones de la política internacional y devolvían al Estado un papel más activo en las políticas públicas.

En lo esencial, esto ha sido una respuesta al desdibujamiento de las políticas de Washington hacia América Latina; lo que se ha sido visto por muchos países como una oportunidad interesante para ejercer grados de autonomía mayores frente al juego global y apostar a crecientes entendimientos con otros países de la región. Esto se comprobó claramente con la elaboración de un programa del grupo de los doce países sudamericanos que participaron en la CSN durante el año 2006. Al reunirse en Montevideo, la Comisión de Representantes Presidenciales identificó una perfecta concordancia entre las necesidades del diseño nacional y los aportes que podía realizar a dichas estrategias un esfuerzo integrador. Al final, se acordó priorizar cuatro campos de acción que podrían tener validez, también, si se emprendiera un esfuerzo serio en el segmento de países que configuran la América Latina del Norte: infraestructura, energía, superación de la exclusión social e iniciativas de cooperación científico técnica.

En el área de la conectividad se estableció que América del Sur es un inmenso espacio geográfico donde están completamente desconectados sus países entre sí. La extensión de América del Sur es de 17,5 millones de kilómetros cuadrados y la única parte que tiene conexiones efectivas y transitividad está en los espacios cercanos a los litorales del Atlántico y el Pacífico, donde se concentra la mayor parte de sus 350 millones de habitantes. Hacia el interior se hallan algunas de las cuencas más ricas del mundo en materia de biodiversidad y de agua dulce (en torno a los ríos Orinoco, Amazonas y a los depósitos de los glaciares patagónicos argentinos y chilenos). Igualmente, hay cuantiosos depósitos de minerales estratégicos y espacios privilegiados para el desarrollo de la agricultura y ganadería de exportación. También hay enormes reservas energéticas de petróleo y gas que se acaban de ampliar con la extensión de los recursos probados de gas boliviano en el primer quinquenio de la década actual y con los decisivos hallazgos del Tupí en Brasil, confirmados en 2007.

Pero el talón de Aquiles para la puesta en valor y comercialización de muchos de estos recursos es la falta de caminos con estándares internacionales, el uso apropiado de las hidrovías que podrían interconectar a dos o más países y la insuficiencia de puertos y aeropuertos para dinamizar un comercio global, favorecido por las actuales condiciones de funcionamiento de la economía internacional. Esto explica que Brasil haya tenido, desde el año 2000, una preocupación especial por este tema al proponer una Iniciativa de Infraestructura para la Integración Sudamericana que originó el plan IIRSA. La iniciativa, inicialmente, enlistó más de 400 proyectos deseables para pasar luego a una nómina priorizada de 31 iniciativas para el período 2005-2010 que, de ejecutarse, acercaría enormemente a los espacios y comunidades del interior de Sudamérica con los mercados globales y posibilitaría el funcionamiento de cinco ejes prioritarios de interconexión, conocidos como Corredores Bioceánicos por su potencialidad para establecer un vínculo completo entre puertos del Atlántico y el Pacífico. Esta es, sin duda, la primera prioridad concreta de la integración en el espacio sudamericano.

La segunda, igualmente importante, es establecer una complementación entre las capacidades y necesidades energéticas de estos países. En algún informe de la Organización Latinoamericana de Energía (OLADE) se estableció que las capacidades de generación eléctrica de la región alcanzarían holgadamente para satisfacer todas las demandas de los países del área si hubiera mecanismos adecuados de cooperación e interconexión. Esta posibilidad, infortunadamente, dista de haberse alcanzado, como tampoco se han configurado principios y acuerdos comerciales apropiados para que los países que tienen excedentes los vendan a precios justos de mercado a quienes experimentan necesidades.

Existen, es cierto, grandes proyectos en esta materia como la propuesta del presidente Hugo Chávez de un Gasoducto Sudamericano que podría llevar gas venezolano desde la Cuenca de Maracaibo hasta Buenos Aires, a lo largo de unos 9 000 km, a un costo estimado de hasta 20 mil millones de dólares. O igualmente, la iniciativa más acotada conocida como "Anillo Energético" que abastecería con los excedentes exportables de los yacimientos peruanos de Camisea I y II al norte de Chile y Argentina, sur de Brasil y Uruguay, tal como fuera planteado en el año 2005.

Pero estos emprendimientos o han resultado muy costosos y de largo plazo o se han visto dificultados por restricciones geopolíticas, que hasta ahora, no permiten ponerlos en marcha. Con todo, se avanza gradualmente en este campo en entendimientos menores pero que también han resultado complejos, como la explotación hidroeléctrica de Yaciretá, entre Argentina y Paraguay, o los proyectos de abastecimiento gasífero de Bolivia hacia Brasil.

Un tercer terreno de cooperación lo ofrece la lucha contra la pobreza y la desigualdad. Estos temas han cobrado gran importancia en la agenda política de los nuevos gobiernos, que ligan su definición de “progresistas” a un reforzamiento de las políticas sociales, a varias acciones para la superación de la indigencia y un aumento efectivo de la equidad. En este campo resulta impresionante el progreso experimentado por las políticas públicas en materia de programas y proyectos; la mayor eficacia de los asuntos de gerencia social y el gran progreso en áreas técnicas como la mejoría en los mapas de pobreza, el perfeccionamiento en la medición de los indicadores sociales y la diversificación de las iniciativas que impulsan tanto el Estado como la sociedad civil.

Naturalmente, las potencialidades de un esfuerzo de cooperación en este campo permitirían cumplir, de mejor forma, las metas y objetivos que los gobiernos de los diversos países se han trazado en sus programas.

Finalmente, está el área decisiva de la investigación y transferencia en el ámbito científico y tecnológico. La tercera revolución industrial y el surgimiento de la llamada sociedad del conocimiento plantean grandes retos a los países latinoamericanos donde existe el riesgo de duplicar proyectos y desperdiciar recursos si no se establece una buena coordinación regional. Lo que está en juego y se debe lograr es una cierta especialización y complementación de los proyectos nacionales de desarrollo de los países de la región, que se puede potenciar a partir del éxito de las iniciativas subregionales.

Existen pues y están identificadas las áreas concretas de trabajo, al menos en la experiencia de América del Sur. Pero esto no significa nada definitivo sino apenas un señalamiento de las iniciativas y emprendimientos comunes que serían deseables en un gran impulso hacia una integración cuyos aspectos decisivos están todavía pendientes.

De esta manera, en materia de la integración latinoamericana –arriba y abajo del Canal de Panamá– “la moneda está en el aire” para usar una expresión coloquial del lenguaje mexicano. Son muchos, casi demasiados los asuntos pendientes para posibilitar que, en este tiempo propicio, se concrete la voluntad que señalan casi todos los gobernantes de la región. Hacer de América Latina o mejor: de las dos Américas Latina, subregiones que tengan peso e influencia en un mundo donde los países desarrollados han construido ya tres grandes regiones económicas en Europa, América del Norte y el Asia del Pacífico, que funcionan en beneficio de sus integrantes, cualquiera sea el grado de institucionalización que hoy tengan.

En nuestro continente, en cambio, todo lo esencial está por hacer. Falta la firme voluntad política que vaya más allá de la mera retórica de los jefes de Estado y entre al campo de los compromisos obligatorios. Falta una institucionalidad básica que centralice las normativas acordadas y genere ese germen de supranacionalidad que fue tan decisivo en el avance del proyecto europeo. Falta la asignación de recursos en los presupuestos nacionales de los países. Queda, finalmente, establecer una lógica de la integración en el área que armonice los proyectos nacionales de los países, que seguirían operando país por país, con los grandes impulsos de la integración en torno a las áreas ya descritas o a otras que acuerden los países y sus gobiernos.

En todos esos campos es donde hay que avanzar concretamente y donde quienes analicen estos procesos desde la esfera académica deben ser exigentes para asegurar innovación, creatividad y compromiso de los países en una sumatoria positiva que abarque a los estados y a las sociedades civiles.

Se ha dicho apropiadamente que el siglo XXI debiera ser para América Latina el siglo de la integración y de la paz. Desgraciadamente, son muy numerosos los conflictos bilaterales que se han agudizado en el último tiempo y que restan espacio a los acuerdos más profundos de integración: el diferendo por las papeleras entre Argentina y Uruguay; las disparidades entre Bolivia y Brasil para la venta del gas boliviano; las diferencias planteadas por Perú a Chile respecto de los límites marítimos existentes que han llevado el asunto a la Corte Internacional de Justicia de La Haya o las

tensas disparidades entre el gobierno venezolano de Hugo Chávez y el gobierno colombiano de Alvaro Uribe que, a estas alturas, comienza a convertir en rutinario el examen de un eventual enfrentamiento bélico entre ambos.

Pocas veces en una época tan propicia para la integración y cooperación entre nuestras naciones han surgido dificultades bilaterales tan ásperas y tan contradictorias con el esfuerzo común. El tiempo inmediato deberá determinar cual de estas perspectivas prevalece: si la innovadora del arreglo pacífico de las diferencias que establezca un nuevo clima para la integración latinoamericana o la tradicional de enredarnos en nuestros conflictos dando vueltas a la noria y viendo como se pierde una oportunidad más de las muchas que hemos dilapidado desde el nacimiento de nuestros estados.

Ojalá, esta vez, la moneda que decidirá nuestro destino caiga del lado correcto.